

Opinión

Brexit 1 - Europa 0



Matilde Mas

En un plazo muy corto de tiempo han tenido lugar dos acontecimientos de singular importancia para el futuro de la UE. La semana pasada, Theresa May anunció por sorpresa elecciones anticipadas para el 8 de junio. La primera vuelta de las elecciones francesas este domingo ha nombrado a Emmanuel Macron y Marine Le Pen como candidatos para la segunda ronda. Sin embargo, hasta mediados de junio, unos días después de las elecciones británicas, no se conocerán los resultados de las legislativas en Francia que delimitarán los espacios de poder. En cualquier caso, lo que parece fuera de duda es que May va a salir reforzada, mientras que el futuro de Francia en Europa queda lejos de estar garantizado. Y sin Francia, o Alemania, no hay futuro para la UE.

Aunque ya se han oído voces desde España, precisamente, de que “lo que hace falta es más Europa”, no parece que los votantes europeos, ni tampoco sus gobiernos electos, piensen lo mismo. En la cumbre de Malta celebrada en febrero, Angela Merkel sugirió a sus colegas repensar la Europa a distintas velocidades. El Libro Blanco de la Comisión Europea planteaba cinco opciones y una de ellas era, de hecho, esa. Por su parte, *The Economist* constataba tres hechos a favor de un modelo más flexible: 1) Muy pocos de los 27 países están a favor de una mayor integración económica y política; 2) Los 27 están integrados en la UE de formas distintas: todos están en el mercado único; 21 en Schengen; otros 21, pero diferentes a los anteriores, en la OTAN; y 19 en el euro; y 3) El continente tiene 48 países, no 28 (ni 27) y algunos llevan mucho tiempo llamando a la puerta.

Cuando se aprobó el Tratado de Maastrich en 1992, parecía haber

acuerdo en que la creación de una moneda única era un paso de gigante hacia más integración política y económica. Pero la completa integración está lejos de haber llegado. La creación del euro tenía dos defectos que todavía persisten. El primero, la selección de los países. Alemania estaba a favor de un grupo reducido. De hecho, los requisitos de déficit y deuda impuestos tenían toda la intención de dejar fuera a los países del Mediterráneo, especialmente a Italia, que es país fundador. El segundo es su más que deficiente arquitectura. No contemplaba la posibilidad de un rescate financiero ni tampoco qué hacer si un gobierno necesitaba ayuda, como desgraciadamente ocurrió.

La integración fiscal es insuficiente y la unión bancaria está aún en construcción. Por lo tanto, los problemas que desencadenaron la crisis de la deuda están todavía vivos. La deuda pública sigue sin ser respaldada por el BCE. Y esto fue lo que desencadenó el problema de las primas de riesgo en los países periféricos. También subsisten problemas asociados a la

crisis bancaria. Y seguramente los seguirá habiendo mientras no haya un seguro de depósitos para todos los bancos de la Unión que contribuya a frenar los pánicos bancarios.

Aunque inicialmente hubo algunas reticencias, es cierto que con el euro disfrutamos de un largo periodo de alto crecimiento y baja inflación. Los países mediterráneos se beneficiaron de tipos de interés a la baja. Pero esto también implicó que podían evitar las reformas estructurales necesarias para hacer sus economías más competitivas. Muchos economistas ya avisaron que esas reformas eran más necesarias que nunca para países que ya no iban a poder devaluar o implementar su propia política monetaria. Estos países, especialmente España, crecían alegremente sin tener en cuenta las consecuencias de crecer sin mejoras de competitividad.

Desde que se desencadenó la crisis, se han llevado a cabo numerosas intervenciones para intentar superar los defectos iniciales de diseño, pero sigue habiendo problemas de com-

posición. Parece haber bastante acuerdo en que, hoy por hoy, el euro puede funcionar, pero no para Grecia, y seguramente tampoco para Italia y Portugal. Italia (especialmente su banca, pero también su economía) es realmente un problema, porque es demasiado grande para caer y también demasiado grande para ser rescatada.

Diferencias de criterio

Pero aunque se pudiera resolver el problema de los países miembros y no ganaran los euroescépticos, todavía hay muchos asuntos pendientes. Subsisten profundas diferencias entre Francia y Alemania sobre cómo manejar el euro. Los franceses quieren completar la unión bancaria con un nuevo sistema de seguro de depósitos. Favorecen un gobierno económico como contrapeso al BCE, con un ministro de Finanzas, un Presupuesto e incluso un Parlamento de la zona euro. Defienden la creación de un instrumento de deuda mutualizada o eurobonos. Sin embargo, se resisten a más imposiciones fiscales y

tampoco les gusta que les digan qué reformas tienen que hacer.

Por su parte, los alemanes se toman las propuestas francesas como tretas para transferir dinero de sus contribuyentes a países que no se toman las cosas tan en serio como debieran. No comparten las preferencias francesas de flexibilidad fiscal, prefieren disciplina y reglas. Temen que los rescates o la reestructuración de la deuda generen incentivos perversos, fomentando comportamientos irresponsables. Tampoco se fían mucho de las promesas francesas de reformas.

En este contexto, el resultado de las elecciones británicas será el fortalecimiento de May y de la opción del Brexit. Reuno Unido estará más cohesionado, mientras que en la UE subsistirán los desencuentros conocidos, especialmente respecto al futuro del euro y la cuestión migratoria. Además de la incertidumbre sobre la futura correlación de fuerzas entre los partidarios de la UE y el resto de fuerzas políticas en Francia y Alemania, los dos países clave.

Para algunos, la jugada de May le permitirá buscar un Brexit blando al librarse del ala más a la derecha de su partido y de la presión de las elecciones previstas para 2020. Sin embargo, para otros, al salir reforzada tras ganar las elecciones le permitirá defender un Brexit duro. Lo que está claro es que tendrá la sartén por el mango mientras que la UE se enfrenta a un periodo decisivo, plagado de incertidumbres que no se resolverán al menos hasta las elecciones alemanas del 24 de septiembre. En estas condiciones, seguramente lo mejor que se puede hacer es tomar una actitud flexible en las negociaciones en la línea de la Europa a varias velocidades. Tenemos mucho que perder en una negociación a cara de perro, especialmente España.

Catedrática de Análisis Económico en la Universidad de Valencia y directora de proyectos internacionales del Ivie



La primera ministra británica, Theresa May.

Los empresarios, según Hollywood



Carlos Rodríguez Braun

La imagen antiempresarial en la cultura es anterior al cine. Por quedarnos en la época moderna, y no remontarnos hasta Virgilio, podemos recordar que Ibsen publicó *Un enemigo del pueblo* en 1883. En cuanto al cine, la tesis de Larry E. Ribstein es que la crítica no es tanto a las empresas sino a los capitalistas que buscan beneficios con ellas, lo que es paradójico en varios sentidos, empezando por la obvia circunstancia de que el propio cine es una gran industria (*Wall Street and Vine: Hollywood's*

View of Business, Managerial and Decision Economics, junio 2012).

No todos los empresarios son presentados como perversos, pero la palma se la llevan los grandes. En *Erin Brockovich* hay una empresa grande y mala, pero el despacho de abogados es bueno. También lo son los empresarios de *Tienes un email*, *Batman* o *La lista de Schindler*. También hay un banquero angelical en *¡Qué bello es vivir!*, aunque nos quedamos sólo con la imagen bancaria del siniestro señor Potter.

La palma cinematográfica de la perversidad económica se la llevan las grandes empresas

Las empresas como enemigas de la gente aparecen en numerosos films, como *El síndrome de China*, contra la energía nuclear, siempre mala; sobre contaminación está *Acción Civil*; sobre tabaco, *El dilema*; sobre farmacéuticas *El jardinero fiel* (y también *El fugitivo*); sobre empresas químicas, *Michael Clayton*. La maldad del capitalismo refulge en *Wall Street*, *Pretty Woman*, o *El lobo de Wall Street*; y hay capitalistas criminales como en *El Padrino* y *Casino*.

En contraposición, hay empresarios innovadores en *El cuarto mandamiento*, *Tucker: un hombre y su sueño*, y *El aviador*, y mucho antes clásicos como *Gigante*, *Sabrina* y *Lo que el viento se llevó*, con una empresaria mujer, igual que en *Memorias de*

África. Y un retrato amable de las empresas en *En busca de la felicidad*.

Los cineastas no son en su mayoría marxistas, aunque los comunistas tuvieron propagandistas geniales como Eisenstein; más bien se parecen a los intelectuales descritos por Schumpeter, resentidos con el capitalismo que les da de comer. Concluye Ribstein: “No le sorprendería a Schumpeter que los artistas que trabajan en las formas más capitalistas del arte abriguen el máximo resentimiento”.

Dos notas finales. Una es el propio

A los estudios no les importa difundir una imagen mala de las empresas si ganan dinero

crecimiento del mercado, que facilita la financiación de proyectos empresariales, también en el cine: “Nunca antes ha sido factible financiar el arte a la gran escala de las películas modernas en un mercado impersonal con dinero de personas indiferentes al proceso artístico”. Y, por fin, lo más importante de los mercados: los clientes.

Los empresarios del cine no pueden ganar sin los cineastas. Se trata, por añadidura, de un negocio de mucho riesgo, de cuantiosas inversiones y resultados inciertos (cuando no hay subsidios). Por lo tanto, parece razonable pensar que a los estudios no les importará demasiado difundir una imagen negativa de los empresarios... a cambio de un beneficio empresarial.